XXXIX

BALANCE

Al cerrarse el Certamen y terminar estas reseñas, en que he procurado condensar y abreviar, por ser la tela mucho más larga que las hechuras, quisiera emitir juicio sobre el conjunto de la Exposición; juicio en que irá envuelto otro acerca de nuestra gran hermana latina, esa Francia que en nosotros tanto influye, y que más debiera influir en distinto terreno que en el de la moda variable, porque Francia no es sólo una tienda de modas literarias ó femeniles.

Se han apagado las brillantes iluminaciones; han dado fin las fiestas fluviales y terrestres; la piqueta va á convertir en escombros los palacios de caprichosa recargada arquitectura; fardos y cajas de embalaje ocupan las avenidas antes tapizadas de césped y salpicadas de plan-

tas raras y flores exquisitas; cada nación, cada establecimiento industrial, cada particular, antecoge sus pertenencias, y la fabulosa riqueza junta en espacio relativamente tan corto, se desparramará otra vez por el universo. La Exposición no existe. ¿Ha sido fracaso ó triunfo?

Cuando empecé á remitir estas crónicas á *El Imparcial,* creo que la opinión se inclinaba al fracaso. Había contra la Exposición una impaciencia sorda, una saña de apretados dientes, una instintiva repulsión, chispeantes en la prensa y en las conversaciones. El coro zumbaba con irritación de avispero. Yo misma, al entrar en el vagón que había de llevarme á Francia, dentro de ese *Sudexprés*, ahora trágicamente descarrilado y cuyas molestias describí por el aspecto cómico, sentía desfavorable impresión, algo que no se define y que prepara la desilusión completa. Desde el primer día, en mi espíritu, se inició la reacción favorable; y aunque por la autoridad de mi pluma no pueda lisonjearme de haberla determinado en mis lectores españoles, séame lícito creer que he contribuido á ello, auxiliada eficazmente por la enorme publicidad y circulación del gran diario madrileño en que mis crónicas se imprimían.

¿Por qué iba á ser la Exposición ese fracaso que pregonaban? ¿De qué manera puede fracasar una Exposición envolviendo en el fracaso á la nación que la patrocina? ¿En qué consiste el fracaso ó el triunfo de una Exposición universal?

Fracasa una Exposición cuando lo expuesto

es poco, vulgar, sin interés; cuando se retraen los expositores. En la que acaba de cerrarse, el material expuesto era en tal cantidad y de tal calidad, que para ver separado lo que allí se ha visto junto, habría que pasearse años enteros en todas direcciones al través del planeta, "desde el ardiente hasta el helado polo". Naturaleza y arte, industria y ciencia, á porfía se esmeraron en prodigar sus tesoros y revelar sus secretos. No sé de ninguna manifestación de la actividad humana, no sé de ninguna forma del sentimiento ó de la inteligencia que no se encontrase representada allí, en el recinto de lo que muchos españoles—con el fácil desdén que caracteriza á la frivolidad, á la irreflexión y á la incultura llamaban la Feria... con aditamento de adjetivos aflamencados.

Fracasa una Exposición cuando, aunque exponga mucho y bueno, el público no se decide á contemplarlo y á admirarlo. De este género de fracaso estuvo amenazada la Exposición. Estados enteros—verbigracia, Inglaterra—se retrajeron. Apenas se ha oído hablar inglés; apenas se ha visto la silueta humorísticamente exagerada del eterno turista de patillas azafrán, colosales gemelos y terno á cuadros, ni de la secatona *miss*. El Transvaal les escocía á estos insulares. En otras naciones, la benevolencia hacia la Exposición no se extremó tampoco. Todo empuje, toda victoria, hace amarillear algunos rostros. ¡Francia cerraba el siglo con tal brillantez! Era preciso cobrárselo.

Pues bien; á pesar de abstenciones, desvíos,

frialdades y tácitas conjuras; á pesar de desaciertos administrativos, de innegables deficiencias en la organización—al fin era la obra de Picard y del Gobierno francés obra humana—la hermosura, la grandeza del conjunto venció, y acudió la muchedumbre que racionalmente cabía esperar. El término medio de entrada diaria en la Exposición ha sido de doscientas á trescientas mil almas. Los días festivos y extraordinarios ha oscilado entre cuatrocientas y quinientas mil. En ocasiones extraordinarias ascendió á la formidable cifra de setecientas mil,—casi vez y media la población de Madrid.... ¡que es un bonito río de gente!

Y recordando estos números, ¿quién no comprende que no hubo tal fracaso económico? ¿A quién pudo arruinar la Exposición? ¿A algún empresario de café exótico ó de danza cochinchina, que no acertó á dar gusto á los señores?—La afluencia de viajeros á Francia y á París tuvo que constituir un ingreso colosal, manantiales de oro fluyendo siete meses seguidos Empresas de ferrocarriles y de toda clase de transportes y medios de comunicación; fondistas, hosteleros, industriales de toda especie; modistas y modistos; hasta médicos y cirujanos, y boticarios y empresarios de pompas fúnebres,—pues la enfermedad y la muerte sorprenden en viaje sin esperar al regreso—han debido de realizar pingües ganancias. Se ha calculado que los forasteros y extranjeros que constituían en este período la población flotante de París, gastaban, por término medio, *un*

millón de duros diario. ¿Qué les parece á ustedes del *fracaso* para el comercio parisiense?

Pero—objetan—al Estado no le resarce de sus gastos la ganancia de los particulares. La teoría es curiosa, y además genuinamente española, de este país donde batallan la Hacienda y el contribuyente, entidades en guerra, dispuestas á no cejar hasta que sucumba el adversario. En Europa, lo que aprovecha al país aprovecha á la Hacienda pública. El contribuyente en buen estado, nutrido y robusto, hace el tributo fácil y pingüe. Aunque el Estado francés hubiese enterrado en la Exposición unos cuantos millones, los daría por bien empleados ante la prosperidad pública.

Y es el caso que yo no creo en tal entierro de millones. Los mayores dispendios de la Exposición, los dos Palacios, grande y chico, y el puente de Alejandro, son obras que perduran y enriquecen la serie de los grandes monumentos de la metrópoli francesa, centro, foco, Meca de la vida artística en el mundo. París es lo bastante opulento para derrochar con garbo en palacios y puentes. Deducidos esos gastos, los restantes acaso los cubra el rendimiento de las concesiones de instalación. Y si hay algún déficit, que no lo sé, ni importa, bien compensado quedará por la nombradía y la gloria y la satisfacción de haber cincelado esta llave de oro con que cierra Francia el siglo XIX, en medio de la paz, del júbilo, del himno triunfal del progreso y la energía humana.

Francia es rica. La economía y el trabajo han

reparado las pérdidas de la derrota, la invasión y la indemnización que sangró sus venas y que Alemania guarda en una torre misteriosa y sombría como una amenaza. He leído poco ha que las reservas de oro del Banco, en París, son las mayores del mundo, y ascienden á sumas que causan vértigo. No he pretendido, ni pretendo, que sea Francia la nación idealmente constituida. ¿Hay alguna? ¿En cuál no existen hondos problemas? Lo que he dicho reiteradamente á mis amigos franceses, es que envidio para España esos problemas y hasta esas disensiones, esas luchas, y se las envidio más cuanto más encarnizadas..... Son oxígeno vital. Les envidio su asunto Dreyfus; les envidio sus nacionalistas, sus militaristas, sus antimilitaristas, sus clericales y sus laicos, sus intelectuales y sus *accionistas*. Desde lejos y aun desde cerca, para el que no es francés, el cuadro de batalla es atractivo como un Vernet ó como un Neuville. Lo único triste y feo y sin horizontes, es la postración, la indiferencia, la parálisis, la lucha enana por egoismos individuales, locales, profesionales ó corporativos. Combatir por corrientes de ideas, aunque sea entre polvareda asfixiante é impura, y suspender el combate para ofrecer á la humanidad un espectáculo como el de la Exposición..... eso es ser una nación magnánima, y si la decadencia latina avanza, no será por culpa de Francia, que no deserta de su puesto avanzado y de honor. He aquí lo que deduzco de mi balance francés.

El balance español... ¡Ah! Este, no tengo valor

para formalizarlo. Yo esperaba de España un arranque viril ó una abstención cauta y prudente, fundada en nuestro luto. Los que quieran saber á qué atenerse después de mis reiteradas indicaciones, consulten la serie de artículos titulados "Nuestro fracaso" insertos en el periódico el *Heraldo de Madrid* si no leen el libro que prepara César Silió sobre igual asunto. En los artículos del *Heraldo,* allí, con guarismos, datos estadísticos y comprobantes, verán nuestros desastres en la paz. Y esta vez, como antes, no serán los soldados rasos, no será la masa anónima la que nos haya perdido. La masa se compone de buena harina de trigo sano y sin tizón, de agua que brota en la peña, bajo las hayas y los carrascales bravíos del monte. Falta la levadura. ¡Dios la envíe!